

# La literatura de viajes en Colombia

Una aproximación al género a través de dos libros de viaje a principios de siglo veinte: *Viaje a pie* de Fernando González y *4 años a bordo de mí mismo* de Eduardo Zalamea

**Travel Literature in Colombia: An Approach to the Genre Through Two Travel Books of the early 20th Century: *Viaje a pie* by Fernando González and *4 años a bordo de mí mismo* by Eduardo Zalamea**

**Literatura de viagens na Colômbia. Uma aproximação ao gênero através de dois livros de viagem a inícios do século vinte: *Viaje a pie* de Fernando González e *4 años a bordo de mí mismo* de Eduardo Zalamea**

## Angélica González Otero

Profesional en Estudios Literarios y Magistra en Literatura Latinoamericana,

Pontificia Universidad Javeriana. Ha trabajado como coordinadora del área de formación en investigación y docente de tiempo completo en la Universidad La Gran Colombia en Bogotá y como docente de cátedra de la Pontificia Universidad Javeriana. Actualmente se encuentra estudiando alemán en la Universidad de Viena (Austria). Correo electrónico: nubevioleta79@hotmail.com

Artículo de reflexión:

Esta investigación procede de la tesis de maestría en Literatura Latinoamericana presentada y entregada en enero de 2011.

SICI: 0122-8102(201106)15:29<80:LLDVEC>2.0.TX;2-B

## Resumen

El género de la literatura de viajes a principios del siglo veinte en Colombia pone de nuevo en cuestión el debate regional dentro de los procesos de construcción de la nación, evidenciando los imaginarios, en su mayoría estereotipados, que se han construido de algunas regiones del país a través del tiempo y que aún hoy permanecen como referentes establecidos en la memoria de los colombianos. Este artículo analiza estos presupuestos a través del análisis de dos libros de viaje: *Viaje a pie* de Fernando González y *4 años a bordo de mí mismo* de Eduardo Zalamea. Ambas obras dan cuenta de geografías apartadas y periféricas para el país de la época.

*Palabras clave:* literatura de viajes, Colombia, regiones, Fernando González, Eduardo Zalamea, género, siglo veinte

*Palabras descriptor:* González Ochoa, Fernando 1895-1964 - Crítica e interpretación, Zalamea Borda, Eduardo 1907-1964 - Crítica e interpretación, Novela social colombiana, Novela colombiana, Literatura colombiana

## Abstract

The genre of travel literature in early 20th century Colombia puts into question once again the regional debate about the process of nation building by displaying the often stereotyped imaginaries that have been created over time regarding certain regions of the country. Such imaginaries are still referents rooted in the memory of Colombians. The article examines these assumptions through the analysis of two travel books: *Viaje a pie* by Fernando González, and *4 años a bordo de mí mismo* by Eduardo Zalamea, both of which deal with remote and peripheral geographies of the country during this period.

*Key words:* travel literature, Colombia, regions, Fernando González, Eduardo Zalamea, genre, 20th century

*Key words plus:* González Ochoa, Fernando 1895-1964 - Criticism and interpretation, Zalamea Borda, Eduardo 1907-1964 - Criticism and interpretation, Colombian social fiction, Colombian fiction, Colombian literature

## Resumo

O gênero de literatura de viagem no início do século XX na Colômbia coloca novamente em questão o debate regional dentro do processo de construção da nação, evidenciando os imaginários, principalmente estereotipados, que têm se construído em algumas regiões do país ao longo do tempo e que ainda permanecem como pontos de referência estabelecidos na memória dos colombianos. Este artigo analisa estes pressupostos, através de dois livros de viagem: *Viaje a pie* de Fernando Gonzalez e *4 años a bordo de mí mismo* de Eduardo Zalamea. Ambas as obras dão conta de geografias afastadas e periféricas para o país dessa época.

*Palavras-chave:* literatura de viagens, Colômbia, regiões, Fernando González, Eduardo Zalamea, gênero, século vinte.

*Palabras-chave descriptor:* González Ochoa, Fernando 1895-1964 - Crítica e interpretação, Zalamea Borda, Eduardo 1907-1964 - Crítica e interpretação, Romance social colombiana, Colombian novel, Colombian literature

NARRAR EL VIAJE, como testimonio de una experiencia de vida, ha ido conformando una forma de escritura ligada al desplazamiento, al movimiento; dicha forma de escritura se ha ido modificando, adaptándose a los intereses y necesidades de los hombres de todas las épocas. Han sido los relatos de viaje una fuente relevante de información y descubrimientos sobre la vida y la cultura de los pueblos. Latinoamérica no ha sido la excepción; la narrativa de viajes en el continente ha tenido una especial relevancia dentro de los procesos de construcción de la memoria y la identidad del continente, gracias a que se muestra como un lugar indicado para explorar geografías e imaginarios donde poder develar aquello en lo que nos hemos convertido con el paso de los siglos. De igual manera, su vigencia y permanencia están vinculadas a todos los asuntos y problemáticas sociales de violencia, desplazamiento y migración: fenómenos presentes en la vida de los latinoamericanos y que seguramente serán ejes importantes para la permanencia del género de la literatura de viajes.

Al aproximarnos a la literatura de viajes en Colombia, el panorama del siglo veinte se muestra alentador, con numerosas obras que tienen el viaje como centro de sus argumentos<sup>1</sup>. La figura del viajero se establecerá en la escritura y será la que propicie nuevos interrogantes en la discusión de la construcción del país; la presencia del viajero en la narrativa de viaje colombiana será la que ponga en la balanza las dicotomías culturales que van a estar presentes en la vida social y política del país (incluso hoy día: civilización y barbarie, cultura europea y cultura americana, metrópoli y colonia, centralismo y provincia), para desarrollar más adelante una visión más compleja, donde la búsqueda de los orígenes posibilitaría desarrollar aspectos narrativos que evidencien los pliegues heterogéneos y diversos que amparan nuestra identidad.

Con la entrada del siglo xx al país, se gestaron narrativas donde se evidencian espacios geográficos no convencionales: regiones del país ancladas en la periferia, que muestran la existencia de un *más allá* del centralismo imperante de la época. En esta perspectiva se encuentran las dos novelas de viaje que he escogido para esta investigación: *Viaje a pie*, publicada en 1929, del escritor antioqueño Fernando González, y *4 años a bordo de mí mismo*, publicada en 1934, de Eduardo Zalamea Borda.

---

1 Entre algunos ejemplos tenemos la novela *De sobremesa* de José Asunción Silva; *La vorágine* de José Eustasio Rivera; *La otra raya del tigre* de Pedro Gómez Valderrama; *El buen salvaje* de Eduardo Caballero Calderón; *Fugas o Biografía de un embustero* de Óscar Collazos; *El viaje triunfal* de Eduardo García Aguilar; *Antares, del Mar Verde al Mar de los Caribes* de Arturo Echeverri Mejía; la saga novelística de Maqroll el Gaviero, de Álvaro Mutis; *Mambrú* de R.H. Moreno-Durán, entre muchos otros libros de viaje que nacerán en el siglo veinte en el país.

La intención de esta investigación es realizar una nueva propuesta de lectura de estas dos obras –de algún modo “canónicas” dentro de la historia literaria del país–, con la cual se pueda observar la importancia del género de la literatura de viajes en el país, dentro de los procesos de construcción de la memoria regional. Colombia es un país extenso y heterogéneo y con una enorme diversidad cultural, pero que se ha imaginado y simbolizado desde el centralismo de las capitales y de las élites letradas, lo que ha permitido que se desconozca y se silencie la voz de ese otro país, invisible y marginal, de las regiones y provincias. El debate regional en el país toma vigencia desde el siglo XIX cuando era necesario consolidar y estructurar una idea de nación. Es así como la narrativa de viajes de principios de siglo se apropia de este proyecto, al introducir en sus discursos geografías periféricas del país.

Cuando comencé mis estudios de literatura en la Universidad Javeriana, participé en un seminario de culturas del Caribe, organizado por el Departamento de Literatura. Entre los invitados se encontraba el profesor e investigador de historia cartagenero Alfonso Múnera, hoy día director de estudios sobre el Caribe y vicerrector de investigaciones de la Universidad de Cartagena. Aquel día, Alfonso Múnera se lució con una interesante conferencia sobre el sabio Caldas y su teoría sobre la supuesta superioridad regional de los Andes sobre las regiones costeras, sobre cómo el clima de las cordilleras andinas propiciaba la capacidad intelectual de los hombres, mientras que en los climas costeros, calurosos y de ardientes soles no se podían generar pensamientos intelectuales y era solo propicio para el desenfreno de las pasiones carnales y el ocio constante. Al finalizar su charla, Alfonso Múnera hizo estallar de risa al auditorio cuando dijo: “Entonces tendremos que usar chaqueta en Cartagena”.

Ese recuerdo estuvo presente durante la elaboración de esta investigación; desde entonces, ya han pasado más de diez años y creo que sólo hoy comprendo aquellas palabras de Alfonso Múnera, luego de que yo misma comprobara, a través de la ayuda de varios teóricos de la cultura, y de los resultados y descubrimientos de este trabajo, cuán perjudicial es elaborar juicios definitivos sobre las culturas, sobre sus valores y costumbres. Finalmente, nada o poco sabemos sobre ellas, casi todo es prestado, inducido o, simplemente, una supuesta “verdad natural” que no tenemos ni idea de dónde ha surgido, pero que a fuerza de estar y prolongarse la creemos cierta.

Todos hemos sido presas de estos imaginarios prestados sobre las regiones del país: crecimos ya diferenciando al paisa del costeño y al cachaco del pastuso, incluso yo misma fui atrapada por los imaginarios estereotipados y absolutos sobre mi propia región, y tardé años en reconciliar e integrar en mi presente de

provinciana en la capital todo lo que significaba ser de un pueblo sabanero de la costa norte colombiana. El viaje y su sabio distanciamiento me revelaron lo que tantas veces ignoré y evité de mi cultura de origen; me posibilitaron retomar todo lo que en mi esencia existe, y existirá, de mi pueblo caribeño.

Es así como, desde mi condición de mujer, de origen provinciano y educada en la capital bogotana, quise interrogarme sobre la manera cómo estaban representadas algunas regiones del país en dos obras de viaje colombianas de principios de siglo XX: *Viaje a pie* de Fernando González y *4 años a bordo de mí mismo* de Eduardo Zalamea; e intentar descubrir, a través del análisis crítico de las mismas, cómo se conforman los imaginarios sobre las regiones en los relatos de viaje de estos autores colombianos, cómo se organizan las dinámicas de relación entre los valores y la cultura de los viajeros y los diversos paradigmas y formas de vida de las regiones visitadas, para de esta manera, poner de nuevo en cuestión el desarrollo y el perfil del género de la literatura de viajes en Colombia.

Ambas novelas fueron controversiales para la época, siendo receptoras de críticas por parte de estamentos de poder de la época: *Viaje a pie*, que fue prohibida por el arzobispo de Manizales, y, de igual manera, *4 años a bordo de mí mismo*, rechazada por parte de los críticos literarios que, en un principio, no comprendieron su propuesta estética. Estas razones fueron detonantes de mi curiosidad, ya que me encontré con dos obras que tienen como motivo narrativo el viaje y donde los escritores describen al país desde algunas de sus regiones, posibilitando el reconocimiento de la forma como están representados dichos territorios lejanos y desconocidos para el país de la época, como lo eran los puertos de La Guajira, algunos pueblos andinos y la Costa Pacífica.

#### **De viajeros y visitados: la cuestión de la representación en la narrativa de viaje**

La narrativa de viajes nos lleva a la irremediable postulación de dos actantes al extremo de su configuración: el sujeto que viaja y los sujetos que lo reciben, llamados locales, nativos, residentes o visitados. En esta “dialéctica” entre visitados y viajeros se establecieron las temáticas de la presente investigación. Ante todo se quiso realizar una lectura crítica de las obras en que se dejara de lado lo que Mary Louise Pratt llama “mimesis crítica” y que surge de la extrema identificación con el sujeto viajero (muy común en los análisis de este tipo de literatura) para así poder ampliar el espectro crítico, no sólo valorando al viajero y su posición en el relato, sino incluyendo todos esos elementos por fuera del viajero, todo lo que está al otro lado de la balanza: el mundo que recibe al viajero, que lo confronta y lo obliga a la interrelación: “Cada relato de viajes tiene su propia dimensión heteroglósica: su conocimiento no surge de la sensibilidad y el poder de obser-

vación de un viajero sino de su interacción y su experiencia habitual, dirigidas y controladas por los ‘viajados’, quienes trabajan desde su propia comprensión del mundo” (Pratt, 239).

Es por esto que se hace necesario descubrir y nombrar las conexiones y los encuentros donde viajeros y visitados se compenetran, como otra posibilidad para comprender de una forma más totalizante la propuesta del relato de viaje; cómo se manifiesta el mundo de esos “viajados”, su voz, su presencia implícita o explícita dentro del relato. Este mundo visitado –asimilado en esta investigación como las regiones, los sujetos, los espacios geográficos– permea y altera las representaciones que los sujetos viajeros realizan en sus obras sobre las regiones.

El problema de la representación, de cómo se visualiza al otro –residente, visitado–, es uno de los asuntos que se atraviesan en el género de la literatura de viajes. En la representación encontramos relatados perfiles y rostros de pueblos y culturas; estas identidades se organizan y se elaboran en la escritura como un supuesto de “realidad” y “verdad”. Sin embargo, no son más que creaciones que los sujetos, en este caso el sujeto viajero, instauran como nociones privilegiadas de los territorios viajados.

La construcción de la representación es problemática puesto que está asociada a los patrones sociales, valores, lugar de enunciación, sexo y educación del escritor viajero: asuntos que condicionan el discurso narrativo. Para Edward Said todo viajero que desee enfrentarse a los retos de la representación debe sentirse portador de una “autoridad”, que a la vez embarga todos los condicionamientos que el sujeto carga consigo: situación social, histórica y cultural. “La autoridad no tiene nada de misterioso o natural; se forma, se irradia y se difunde; es instrumental y persuasiva; tiene categorías, establece cánones del gusto y los valores; apenas se puede distinguir de ciertas ideas que dignifica como verdades y de las tradiciones, percepciones y juicios que forma, transmite y reproduce” (Said, 43).

El escritor viajero no puede escapar de esta “autoridad” a la hora de querer representar, describir, lo que ve y en esta acción de representación no puede evadirse de una toma de posición frente a lo que desea representar y cómo lo desea hacer. Resultado de esto es que debemos descartar la verdad unívoca, un “gran original” –como dice Said– de las culturas. Ya que no hay “versiones naturales o reales de las culturas” hay representaciones.

La valoración que el escritor viajero le da al otro dentro de su “autoridad” para representar está sujeta a la visión preconcebida que se ha hecho de ellos; esta valoración puede, o no, ajustarse a “la realidad” del otro, sobre todo cuando la relación entre ambos, viajeros y visitados, se da en términos de lejanía y des-

confianza, lo que hace factible que lo exótico aparezca en el testimonio, ya sea en forma de ideal o de rechazo:

Los mejores candidatos al papel ideal exótico son los pueblos y las culturas más alejadas y más ignoradas. Pero, el desconocimiento de los otros, la negativa a verlos como son, difícilmente pueden considerarse formas de valorar [...] El conocimiento no es compatible con el exotismo, pero el desconocimiento es, a su vez, irreconciliable con el elogio a los otros; y, sin embargo, esto es precisamente lo que el exotismo quiere ser, un elogio en el desconocimiento. Tal es su paradoja constitutiva. (Todorov, 306)

Todorov también propone ideas útiles del exotismo a través de su asociación con el erotismo, donde es factible analizar la relación entre el viajero y el mundo femenino, presente de manera constante en las narraciones de viajes de todos los siglos y donde prevalecen relaciones condicionadas por el poder y el dominio masculino, más que relaciones de encuentro e integración con la mujer, algunas veces asociadas a objetos eróticos, tan sólo portadores de placer sexual: “Esta selección desdoblada del hombre a la mujer y del europeo al extranjero no es en forma alguna simétrica, ni podrá serlo: una experiencia consagrada a la búsqueda de impresiones implica, como se ha visto, que el viajero sea el único ser humano que se eleva a la dignidad de sujeto; la mujer no es más que el primero entre los objetos de su percepción” (310).

La mujer, en su cualidad de otro frente a lo masculino, posee un especial atractivo para el viajero y no puede pasarse por alto en la representación; el viajero no puede obviarla ya que comúnmente está presente de alguna forma en la experiencia del viaje y es un punto fácilmente exotizable y, por lo mismo, invisibilizado y desconocido.

### **Regiones, discurso e ideología**

En el libro *Viaje a pie* se observa una estructura más cercana al relato y lo anecdótico, se suplanta la trama por una estructura discontinua donde escasean los recursos descriptivos o informativos sobre los lugares visitados. En *Viaje a pie* encontramos sobre todo el relato de un viaje, un relato que expresa no sólo la evidencia de un recorrido, sino una posición política y social frente a la Colombia de la época.

El viaje es contado por la voz narrativa de Fernando González, autor, narrador y viajero. La siguiente es la ruta elegida: “El viaje se define así: Medellín, El Retiro, La Ceja, Abejorral, Aguadas, Pácora, Salamina, Aranzazu, Neira, Manizales, Cali, Buenaventura, Armenia, Los Nevados, a pie y con morrales y bordones

(13). El viaje es realizado en la temporada vacacional, entre diciembre de 1928 y enero de 1929, lo que nos lleva a pensar que el viaje no interfiere ni va en contra de una vida estable de familia y trabajo convencional; no es un viaje que fracture la vida o que instaure una ruptura con el entorno del viajero, sino un viaje que ha sido planeado y trae marcados ciertos límites, precisamente porque la vida convencional espera.

*4 años a bordo de mí mismo*, como novela de viajes, estaría cumpliendo con las dos condiciones que, para la crítica Sofía Carrizo, serían primordiales para hablar de literatura de viajes: por un lado, la evidente exposición en la novela de elementos ficcionales, donde personajes, situaciones y acontecimientos se unen para construir una historia dramática, y donde se puede rastrear la clara motivación por la espera de un desenlace; y por otro lado, la descripción como un elemento dinamizador de la historia, que si bien no está asumiendo una función meramente informativa, sí está ambientando, contextualizando y enriqueciendo todo el relato de viaje. En la novela se puede leer y percibir el entorno, el mundo visitado como entorno, gracias al contacto del ojo con las cosas: los ojos están presentes para descifrar el humor y los contornos de los objetos, de los rostros, etc. Esto se demuestra de forma reiterada en la narración gracias al aporte de descripciones, que generan ambientes detallados, atmósferas climáticas y perfiles de personajes.

Como novela de viaje, el motivo narrativo central gira en torno de un desplazamiento, el periplo de un sujeto viajero por los puertos caribeños y guajiros de la costa atlántica colombiana, a principios del siglo XX. El viajero parte de Bogotá a la Costa Caribe y vivirá en algunos puertos de La Guajira alrededor de cinco años, para más tarde retornar a su natal Bogotá.

Luego de realizado el análisis de las obras, desde algunos presupuestos del género de la literatura de viajes, como son las formas de representación, las retóricas del viaje y los tópicos de alteridad, se pudo concluir que: en el discurso narrativo de viajes de principios del siglo XX continúa permaneciendo la huella de los grandes discursos que el siglo XIX promovió en el país<sup>2</sup>, en los cuales la

---

2 Según Edward Said, en el siglo XIX los pensadores y viajeros “conciben la humanidad en términos de grandes colectividades o generalidades abstractas” (155). Colombia no será la excepción: fue en el siglo XIX, en el proceso de construcción nacional de la república, cuando las élites criollas instauraron los grandes discursos sobre las regiones del país. Estos discursos estarían marcados por teorías de superioridad climática y geográfica, donde unos climas y geografías del país primaban sobre otros. La región andina, por su raza “mestiza y blanca”, por su clima “benévolo”, donde los hombres sí pueden desarrollar su pensamiento intelectual y adiestrar su temperamento, se consideraba la región ideal para concentrar el centro de los poderes del Estado y la “vida civilizada”. Por el contrario, las tierras calientes, los llanos, las selvas

representación de las regiones, sobre todo los territorios costeros del Caribe y el Pacífico, se mostraba reducida –y aunque no de forma evidente y abierta– a la imagen de regiones meramente portadoras del placer físico y sexual para los viajeros, y donde el vivir diario de sus habitantes se debate en la confrontación con la muerte, con el asesinato, el suicidio, la infidelidad y la traición, en el caso de los puertos guajiros.

En *Viaje a pie* esta representación se mimetiza entre tantos presupuestos de “verdad” sobre el país como el viajero promueve en su discurso, pero puede evidenciarse cuando el viajero tan sólo percibe en la Costa Pacífica, la región negra y mulata, un territorio del disfrute, del sensualismo corporal y el ocio, y no una región que pueda brindar una alternativa dentro de su búsqueda de una Colombia auténtica y propia.

Este valle sensual del Cauca se extiende ilimitado al sur entre dos cordilleras laterales poco elevadas; el tren recorre una recta bordeada de guaduales, cacaotales e inmensas praderas; en las casas de las dehesas se ven tirados en el suelo, adormecidos por el calor, esos negros de voz triste, dormilones y de alma hermética, para quienes la tierra no existe sino la palmera; sus mujeres son palmeras; se les pregunta por el nombre de los árboles y contestan: “Eso es una palmera”. (250)

Se empieza a visualizar la vida de los nativos de la región, en su mayoría negros, que la voz narradora representa bajo los parámetros de lo cerrado y flojo, haciendo permanecer la concepción de una raza sin ideas, ni lógica, meramente dedicada al correr del tiempo, tal vez un poco idiotizados por la inclemencia del clima. Cuando el viajero los señala como herméticos, es como si asumiera que son impenetrables y que cualquier acercamiento sería vano; tampoco se desea averiguarlo, se conforma con la simple imagen de lo que observa; igual sucede con la mujer negra, que incita y activa la tentación sensual: “[...] la negra lustral nos tentó. El Diablo nos susurraba al oído: ‘Sólo hundir los dedos en esa carne dura y luego retirarlos para percibir cómo resurge, se devuelve; únicamente acariciar esa piel vivísima, correr la palma de la mano y las yemas de los dedos por las curvas’” (250).

En *4 años a bordo de mí mismo*, estas representaciones se disfrazan de exotismo, un exotismo que no es otra cosa que una forma sofisticada del uso, ya que

---

y los litorales y sus pobladores indígenas, afrodescendientes y mestizos, su clima al extremo caluroso y soleado, eran considerados propicios para afianzar las pasiones sexuales, el ocio y la barbarie traducida en todos los excesos del temperamento.

el viajero no establece una relación de alteridad y diálogo con la región, sino una relación de oposición con ella: lo que La Guajira como región tiene de diferente a su lugar de origen, a sus costumbres y valores.

Las proyecciones sobre lo que se encontrará en La Guajira, el imaginario que se ha concebido y añorado con anterioridad se expresa cargado de un idealismo exótico: “Vamos a La Guajira, a la tierra salvaje, a la vida limpia, blanca, sin civilización y sin vestidos” (36). La Guajira es exótica y primitiva desde el punto de vista en que ella, como región imaginaria, aún se opone al mundo conocido y civilizado que le es familiar al viajero. La categoría de exótico se alimenta de dualidades simples, donde lo importante es afianzar cuan distantes están el mundo natural que se espera encontrar y el mundo del artificio ciudadano que se está abandonando, para así justificar el viaje. La Guajira, tierra de calor, de mar y sol, tierra primitiva y natural, es un todo homogéneo, una totalidad que se construye desde sus historias de muerte, y por supuesto, de traición y sexualidad desbordada. De igual modo sucede con los indígenas Wayúu, nativos de La Guajira, que son representados en la novela como ladrones y peligrosos asesinos; sus costumbres de intercambio y trueque son observadas con recelo, como simples acciones oportunistas y las indias son representadas como mujeres perversas que engatusan a los hombres, mujeres siempre “fáciles” y dispuestas a la sexualidad.

Las categorías que distancian y ponen en condiciones superiores al hombre “civilizado” sobre el “salvaje” se siguen promoviendo y evidenciando en el discurso de estos viajeros, así como estuvieron presentes en casi todos los viajeros del siglo XIX, en su mayoría extranjeros que visitaron también diversas regiones del país. Los viajeros de estas obras, pertenecen a los dos centros “capitalinos” y “andinos” (Medellín en el caso de Fernando González y Bogotá en el caso de Eduardo Zalamea) más importantes del país, desde donde se dictan los valores y las conductas, al parecer apropiadas y ejemplares, para el resto del país; son ellos los que se autorizan a sí mismos para viajar –que ya es un acto de privilegio– y representar a las regiones en sus relatos, regiones de las cuales se sienten y se proclaman distantes y apartados, ya sea por su “capacidad intelectual”, su “lucidez” y “conocimiento” frente a la situación del país, como ocurre en *Viaje a pie*, o por la moderación y el recato, que muestra y dice tener en sus acciones (en su capacidad de mantenerse al margen de los excesos) el viajero de *4 años a bordo de mí mismo*.

Es así como en el libro *Viaje a pie* encontramos lo que se podría denominar un viaje “cerrado”, en contraposición al viaje iniciático y de transformación interior, en que el papel que juega la alteridad es indispensable para movilizar condicionamientos o instaurar nuevos patrones de vida en vía de un posible cambio en

la mentalidad o en la vida misma del viajero; en este caso, lo cerrado supone una relación no establecida con el otro, donde el desplazamiento no necesariamente significa una confrontación con la naturaleza del otro, con sus formas de vida, con sus costumbres y creencias, ya que el otro tiene poca o ninguna posibilidad de mostrarse, de exponer sus criterios. Tampoco se intenta o se busca un acercamiento a ese visitado, no se intenta escucharlo sino que, por el contrario, lo que desea la voz narradora es ser escuchada, ser comprendida, para, de esta manera, reafirmar sus motivos y creencias.

En el caso de *4 años a bordo de mí mismo*, la moderación y el recato se muestran claramente en el viajero, al nunca plantearse una relación más allá de lo meramente sexual con las indias. El viajero va a presenciar la aventura y el peligro, como testigo no ha de ser parte de él; sus acciones, si las detallamos, son medidas y discretas. No compró una india porque pudo resultar herido o muerto por los indios, exceptuando solamente el caso con Enriqueta, la mujer de Luisito, en que la embriaguez y la noche lo vencieron, por primera vez, y lo llevaron acostarse con ella, una mujer por fuera de su prototipo femenino y que además es mujer de otro hombre: “Después de los excesos alcohólicos, se hace más intensa, más insaciable, más impaciente... Tal vez por eso... Pero no... ¡Para eso están las indias que no producen tanto asco! Y sin embargo, son dulces sus besos...” (110). De esta manera, se puede evidenciar que el género de la literatura de viajes, en los inicios del siglo XX, aún se encuentra repitiendo y recreando algunos de los discursos categóricos y universalistas del siglo pasado sobre las regiones del país.

### La literatura de viajes y sus aportes al pensamiento de la época

De igual manera, podemos concluir que, en el género de la literatura de viajes a principios del siglo XX en Colombia, el viaje —y la narrativa que se crea a partir de él— se toma como un lugar de enunciación “adecuado y novedoso” por su cualidad de distanciamiento del centro social familiar, posibilitando que el viajero ejerza su capacidad de cuestionamiento, gracias precisamente a ese estar y sentirse por fuera de su lugar de origen. Es así como también la narrativa de viajes, gracias a su estructura autorreferencial, genera un espacio desde donde exponer y producir pensamientos, confrontando los estamentos de poder, problematizando diversos aspectos del presente cultural y social del país, y posibilitando un lugar de diálogo entre la narrativa de viajes y la situación por la que atraviesa el país.

Como ocurre en *Viaje a pie*, donde el viaje se elige como plataforma idónea para la expresión de ideas, pensamientos y propuestas, en el relato se evidencian las inconformidades políticas y socioculturales del viajero con su tiempo.

La experiencia de lo visitado, representado en lugares, topografías y sujetos, es aún tímida en el texto, como es poco evidente el desarrollo de una exposición descriptiva de la otredad y del viajero mismo frente a ella. Sin embargo, la obra es como una puerta donde se enuncian caminos alternativos y nuevos para la vida del país, y donde el pensamiento del viajero puede exclamar sus propuestas e inconformidades para que otros puedan tomarlas; el viaje ayuda y propicia esta elaboración de pensamientos, teorías e ideas sobre el país.

Colgados allí, altos, nos pareció que era una posición propia para hablar de Colombia y de la castidad [...] Colombia está marchita como planta en verano porque no hay partidos políticos y únicamente hay ladrones que gobiernan sin concepto de patria, que es el de solidaridad con los que conviven bajo el mismo cielo [...] ley de elecciones justa y para todos. Ésta es una síntesis pragmatista de nuestro libro: Para crear caracteres y patria, y moral, y todo, es preciso una ley de representación proporcional de las aspiraciones, que están hoy ahogadas. ¡No hay opinión pública! (194)

En *4 años a bordo de mí mismo*, la elección por el viaje está más ligada a la experiencia de lo vital, como si ya hubieran madurado las ideas y se pudiera cruzar la puerta, el umbral de lo conocido, para ir hacia la experiencia directa; ya no basta con el pensamiento y las ideas, sino que se hace necesario el contacto directo de lo otro, sujeto, topografía, espacio, cultura, etc. es por esto que el viaje aparece como la mejor opción para la búsqueda y el encuentro con el conocimiento de la vida y sus posibilidades. Es así como la escritura manifiesta este cambio en un atrevido y locuaz relato de los pormenores del viaje: las descripciones se sumergen más en los detalles de cuerpos y personalidades, la interioridad del viajero tiene más espacio en la narración, se expone más al juicio del lector.

También podemos concluir que, la narrativa de viaje, participa en la necesidad de construir algo colombiano, algo que nos sea propio y no exportado, para dejar al lado la dependencia y el apego a lo extranjero, casi siempre valorado como mejor. Es así como, la narrativa de viaje, participa del deseo de fundar y seguir construyendo la nación, un propósito que se viene implementando desde las narrativas decimonónicas y aún sigue presente en estos inicios del siglo XX. En *Viaje a pie*, se muestra la importancia de generar ideologías propias que nazcan en nuestros territorios, para así recuperar la dignidad y la autonomía de la que ha carecido el país hasta ese momento.

Cuando ya se van acercando al paisaje de las tierras del Valle del Cauca, el sentido de volver sobre lo propio parece volverse relevante y los viajeros parecen reclamarlo, desmantelando el mito de lo extranjero, casi siempre evaluado en el

país como mejor y necesario: “¿Qué importan culturas extrañas? Pero en Colombia comemos lo que producen otros suelos, importamos qué leer y quién nos preste dinero y nos lo gaste, y también importamos quién nos enseñe la biografía de Bolívar” (254).

Por último, la narrativa de viajes ayuda a ampliar el panorama de las rutas geográficas del país, visibilizando la existencia de una Colombia de regiones, una Colombia no sólo mestiza<sup>3</sup>, una Colombia donde es inevitable reconocer la existencia de lo negro, lo mulato y lo indígena. Empezamos a saber de la existencia del país multiétnico, multirracial, que habita en las regiones, aunque todavía ese reconocimiento es parcial e indirecto y aún ciego frente al valor adecuado y merecido de estas culturas y etnias, que también conforman la nación. Sin embargo, la narrativa de viajes recoge estas geografías del olvido y las planta en la memoria para mostrarlas al país lector y letrado de los centros urbanos; y esto a pesar de los discursos dominantes y estereotipados de los viajeros, de su apuesta por seguir autoproclamando y exaltando sus propios valores y costumbres a través de sus representaciones sobre las regiones, donde se puede evidenciar más la representación de los centros capitalinos, de su poder y de sus valores sociales, que de la cultura y las formas de vida de las regiones.

Por estas razones, y muchas más, los caminos para el estudio del género de la literatura de viajes en Colombia quedan abiertos y dispuestos, para que en sus futuras investigaciones se puedan introducir también el análisis de las narrativas regionales, donde sea posible descubrir y evidenciar la forma como las regiones del país se han mirado y se han representado a sí mismas, porque lo han hecho siempre a pesar de todos los intentos por silenciar su voz. Entonces, ya las preguntas de investigación no se harían desde el centro hacia la periferia, de la ciudad hacia la región, de lo andino hacia las costas, llanos y selvas, sino desde los propios centros de significación de las regiones; que sean sus propias inquietudes las que se manifiesten: ¿cómo y de qué manera nos hemos representado? ¿A través de qué lenguajes, símbolos y narrativas? Los descubrimientos podrían ser muy interesantes y nos darían la posibilidad de reevaluar la representación y los imaginarios de los discursos dominantes de poder, que estoy segura aún persisten en los colombianos, sobre todo en algunas regiones del país.

---

3 “La idea de la naciente república, dotada de un mestizaje más o menos completo, ha servido para ocultar a los ojos de los estudiosos de la historia colombiana uno de los ejes centrales sobre los que giró la formación misma de la nación en el siglo XIX: el descomunal esfuerzo por someter y suprimir las razas negra e indígena del territorio patrio, y la construcción temprana, desde los textos fundacionales del pensamiento criollo colombiano, de una idea de nación brutalmente violenta y excluyente de las llamadas razas inferiores” (Múnera, 40).

Son muchos los interrogantes que quedan por hacer en cuanto al desempeño y el aporte del género de viajes a la literatura y a la narrativa de la nación, sobre todo en este país desgarrado por el desarraigo y el desplazamiento donde diariamente muchos de nuestros conciudadanos son víctimas de migraciones forzadas. Este tipo de sucesos sociales y políticos tiene su incidencia en las narrativas de viaje y, aunque en esta investigación no se tocaron estas derivaciones del género, siempre más dolorosas y difíciles, son de vital importancia y ocupan un espacio en el desarrollo y el estudio del género en el país.

También se podrían direccionar muchos interrogantes, al presente actual de la narrativa de viajes en el país, a las obras que hablan sobre viajes y desplazamientos y que se han hecho en los últimos años: cuestionar, por ejemplo, si aún se siguen perpetuando en ellas las miradas del poder centralista y capitalino, si se continúa excluyendo a las regiones del país, desvalorizándolas desde sus geografías y climas, desde su supuesto “atraso” e “ignorancia” con respecto a los centros del poder citadino y andino.

No podemos negar que, actualmente, también sigue estando presente el peligro de caer en estas versiones universales y estereotipadas de los pueblos, países o regiones, tal vez aún más, gracias a los medios tecnológicos y de comunicación que en forma arbitraria apoyan y promueven los grandes discursos sobre las culturas del mundo y pueden enaltecer o borrar la dignidad de un pueblo en un minuto ante nuestros ojos impávidos, y muchas veces, ignorantes y ciegos.

De igual forma, la literatura no se salva de continuar perpetuando las “historias” definitivas y finales sobre los pueblos y sus culturas. Por esto, el reto de los que hacen y estudian la literatura de viajes es más grande aún, puesto que pueden apoyar estas historias “definitivas” y “verdaderas” o, también, pueden contribuir a profundizar y ampliar los criterios y opiniones sobre los otros: otros países, otras regiones, otros continentes, otras comunidades y otros seres humanos; porque, como dijo la escritora nigeriana Chimamanda Adichie: “Cuando rechazamos la única historia, cuando nos damos cuenta de que nunca hay una sola historia sobre ningún lugar, recuperamos una suerte de paraíso” (2010).

### Obras citadas

- Adichie, Chimamanda. “El peligro de una sola historia”. *Arcadia*. Web. 10 de octubre de 2010 <<http://www.revistaarcadia.com/periodismo-cultural- revista-arcadia/ideas/articulo/el-peligro-sola-historia/22338>>
- Augé, Marc. *El viaje imposible: el turismo y sus imágenes*. Barcelona: Gedisa, 1998.
- Beverly, John. *Subalternidad y representación*. Madrid: Iberoamericana, 2004.
- Candelier, Henri. *Riohacha y los indios Guajiros*. (1994). Web. 10 de diciembre de 2010

- <<http://www.banrepultural.org/blaavirtual/historia/riohacha/rioindice.htm>>
- Carrizo Rueda, Sofía. “Analizar un relato de viaje. Una propuesta de abordaje desde las características del género y sus diferencias con la *literatura de viajes*”. En: Rafael Beltrán. *Maravillas, peregrinaciones y utopías: literatura de viajes en el mundo romántico*. Valencia: Universitat de València, 1999, 343-52.
- Clifford, James. *Itinerarios transculturales*. Barcelona: Gedisa, 1999.
- Corporación Fernando González-Otraparte. “Otraparte”.  
Web. Fecha de consulta <[www.otraparte.org](http://www.otraparte.org)>
- González, Fernando. *Viaje a pie*. París: Le Livre Libre, 1989.
- Hall, Stuart. “Codificar y decodificar”. En: *Cultura, media y lenguaje* (1980). Silvia Delfino (trad.). Londres. Web. 10 de noviembre de 2010 <[www.nombrefalso.com.ar](http://www.nombrefalso.com.ar)>
- Martínez, Fabio. *El viajero y la memoria. Un ensayo sobre la literatura de viaje en Colombia*. Cali: Universidad del Valle, 2005.
- Mcdowell, Linda. *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*. Madrid: Cátedra, 2000.
- Múnera, Alfonso. *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*. Bogotá: Planeta, 2005.
- Palmero, Elena. “Poéticas del viaje en la narrativa de la alta modernidad: *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier”. *Revista de la Fundación Universidad Federal de Río Grande*, 10.12 (México, 2006), 23- 34.
- Peñate, Julio. “Camino del viaje hacia la literatura”. En: *Relato de viaje y literaturas hispánicas*. Madrid: Visor, 2004, 13-29.
- Pratt, Mary Louise. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997.
- Rubio, Pilar. “Nuevas estrategias en la narrativa de viajes contemporánea”. En: J. Pimentel. *Diez estudios sobre literatura de viajes*. Madrid: Instituto de la Lengua Española, 2006, 243-55.
- Said, Edward. *Orientalismo*. Barcelona: Debolsillo, 2004.
- Todorov, Tzvetan. *Nosotros y los Otros. Reflexiones sobre la diversidad humana*. México: Siglo Veintiuno, 1991.
- “Viajeros por Colombia”. Web. 4 de agosto de 2010. <[www.banrepultural.org/blaavirtual/historia/galeria/autores.html](http://www.banrepultural.org/blaavirtual/historia/galeria/autores.html)>
- Viajeros extranjeros en Colombia: siglo XIX*. Cali: Carvajal, 1970.
- Zalamea, Eduardo. *4 años a bordo de mí mismo. Diario de los cinco sentidos*. Bogotá: Compañía Grancolombiana de Ediciones, 1960.